



{ Recogido en "Escritos y de  
aquello" Tomo (V)

## ORFEBRERIA LITERARIA

Bueno; pues déjate de mandangas y de garlitorleos, y cuando tengas que decir algo y no puedas guardarlo dentro de ti porque se te salga, dilo. Y dilo derechamente. Sobre todo, dilo, ¿eh? Decir no es escribir. Una cosa es escribir y otra decir por escrito. Y debería tenerse cuidado con eso de «dice Fulano...», cuando no dice, sino escribe. Otra vez más, y no será la última: ¡que hable tu pluma!

Todo eso de las cacofonías y las asonancias y demás bobadas no son mas que eso: bobadas. ¿De dónde has sacado que el repetir una misma sílaba en pocas palabras es cacofónico? Torterías de preceptivos que, no teniendo nada que decir, inventan dificultades técnicas artificiosas para atribuirse el mérito de vencerlas. La mayor parte de esas reglas que se dice fundadas en principios intrínsecos de buen gusto, no son tales. Se han hecho un oído preceptivo, artificioso, falso, y están sordos por dentro. Y no querré decir sordos á la idea, al pensamiento desnudo de lenguaje—si es que tal ca-

he,—sino sordos á la música íntima, á la entrafada armonía, y armonía acústica, por supuesto. Porque hasta como música, esa prosa de ebanistería es insoportable. Y monótona. Se oye en ella el chirrido de la muñequilla, que da dentera.

¡Que se te quite la manía de la perfección, hombre! Si andas con eso de la perfección, acabarás por no hacer nada vivo. Y lo que no es vivo, ni se tiene en pie ni dura. La manía de la perfección es cosa de solitarios; pero en el peor sentido de esta palabra, ¿sabes?, en aquel sentido que no es decente poner más en claro. Déjate, pues, de eso y convén te de que todo lo vivo, de veras vivo, es obra de dos, por lo menos. Ni el parto literario es partenogenésico. Y deja, por tanto, que hagan tus obras tus lectores tanto como tú.

No, no tienes razón en eso. Casi todos los más grandes escritores han sido fecundos, muy fecundos; se han repetido mucho, muchísimo; á fuerza de repeticiones han llegado á las formas definitivas de expresión, y ha sido el público el que ha seleccionado sus obras. ¿Por qué has de ser tú quien seleccione lo tuyo? Déjate avasallar de ese modo.

En vez de andarles dando vueltas y más vueltas á tus cosas, á la busca siempre de su expresión perfecta, deja que ellas rueden

por el mundo. Es inútil todo cuanto me digas al respecto. No me cabe en la cabeza—vaya una cacofonía, ¿eh?—que un hombre que se encierre en su gabinete y se pase allí solo, solo y solitario, ocho, diez, doce ó veinte años trabajando en una obra de arte, pueda llegar á hacer nada duradero y vivo. Lo mejor es que haga, en medio de la calle y en mangas de camisa si hace bochorno, hoy una cosa, mañana otra, pasado mañana otra, y así cada día la del día, y acabará, no lo dudes, haciéndola más perfecta, si es que de algún modo había de hacerla.

Y eso que me mandaste es un horror; prómpele, rómpelo! Apesta á rebuscamiento. Cuando pasen cien, tal vez cincuenta, acaso menos, no más que veinte años, se dirán las gentes que lean esas colinetas que armáis con la pluma. ¿Pero de veras hablaban así esos hombres? Todo eso es mentira, todo eso no es mas que mentira, y hasta por muy verdad que sea, cuanto de esa manera escribís.

Porque hay una mentira de expresión, no te quepa de ello la menor duda. Se puede escribir las más grandes verdades de una manera mentirosa. Figúrate que uno expone las leyes de Kepler de un modo grandilocuente, lo que llamamos grandilocuente; pues bien, aquella exposición será una mentira. Y si presentas la ley de Mariotte con un fingido calor, mientas. Y hay muchos, créemelo; pero muchos, que están mintiendo mientras exponen grandísimas verdades. Y toda mentira sale al estilo, que es como la cara, espejo del alma.

¡Afeites, afeites, afeites, colorete en las mejillas, menjurtes y nada más! Y en ello entra hasta cierta afectación de sencillez y de sobriedad. Esas cosas no se dicen, te lo repito, se escriben. Mira, haz de modo que quien te haya oído hablar sienta dentro de sí al leerle el timbre y la entonación de tu voz, y si no te ha oído, se figure una voz que le habla. Que te oigan al leerle, sobre todo esto, que te oigan, que te oigan, y no sólo que te lean. Y para que te oigan y no sólo que te lean preciso que les hables, que digas, y no sólo que escribas.

Ya sabes aquello que es tan antiguo, pero que hay que repetir tanto: «No un escritor, sino un hombre que escribe.» El escritor no es mas que para los escritores, para los del oficio; el hombre que escribe escribe para los hombres que leen. ¿Quién ha visto un sastre que no vista sino á sastres, un zapatero que sólo á zapateros calce, un barberc que no afeite sino á barberos? Pues de esta monstruosidad no están lejos los escritores, que no suelen escribir sino para los otros escritores. ¡Han hecho una literatura para literatos, y así anda ello!

¿Pues cómo, me dirás, se lee tanto á ese cuyo estilo, según tú, no es sino artificio, rebuscamiento, mentira? Muy sencillo: porque apenas leen sino los mismos que escriben. Cuando no van á los conciertos mas que músicos de profesión, éstos soportan el que un



«virtuoso», como se llaman, se les vaya con estudios y habilidades de prestidigitación. Y cuando oigo decir de un poeta, pongo por caso, que es un orfebre, ya estoy cerrando su libro. Esa supuesta orfebrería felizmente, poética, es lo más horrible que conozco. Ni es orfebrería ni es poesía.

Una vez allá, en mi pueblo, un cierto confitero que se sintió escultor hizo con pasta de mazapán un bajo relieve, remedando, de un cromo, un cuadro que representaba los últimos momentos de María Estuardo. El velo de la reina era de tul de verdad, y las lanzas de unos soldados eran de palo. Y todo ello pintarrajeado. Y habiéndome detenido á verlo, entre una tropa de papanatas que, boquiabiertos ante el escaparata, lo admiraban, con un pintor amigo mío, hombre ingeniosísimo y muy agudo, exclamó éste: «¿Pero qué carancho es esto? El que ha hecho esto ¿es escultor ó confitero? Porque si es confitero, yo le encerraría en un calabozo y no saldría de allí hasta que comiese todo eso con el tul y las lanzas y hasta la caja en que está todo ello.» Aplica el cuento, y aplícalo á los orfebres esos.

—El de escribir es un oficio—me dijo un día no sé quién. Y yo le contesté.—Sí, y nadie tiene peor letra que los calígrafos. Porque ¿has visto cosa más horrenda que esa letra que llaman caligráfica? En cambio, casi todos los buenos dibujantes no calígrafos tienen una hermosa letra, hermosa en el buen sentido. Y en otro respecto no sé de nadie que escriba peor que los profesores de Gramática. ¡Claro! Como que la Gramática es, según dicen los pedantes, el arte de hablar y escribir con corrección y propiedad. ¡Figúrate tú si va á saber distinguir entre «tendria» y «tuviera» el que ignore que ambas formas son, según la imponderable Academia, pretéritos imperfectos de subjuntivo! Y al llamarla imponderable lo digo en el sentido mismo en que se dice del éter.

No, no, no; esa media docena de escritores que me citas y que, según ese crítico imberbe, son los seis primeros hoy en nuestra lengua, son, unos más y otros menos, detestables, y alguno de ellos, detestabilísimo. Ninguno de ellos dice nada ni aun cuando escribe cosas verdaderas y hasta nuevas y de fondo. No las dicen, las escriben. Y todo eso envejece. No tienes sino consultar la historia literaria y observar quiénes pasaron en su propio tiempo y para sus contemporáneos por los primeros escritores, por excelsos artistas de la palabra, y lo que ha sido después de ellos. Cada época ama, ante todo, sus defectos, que es lo que á sus propios ojos más le distingue de las otras.

Déjate, pues, de lo repito, de garlitorleos, y cuando no tengas nada que decir—ya me entiendes,—cállate; y cuando sientas algo

que decir, aunque sea lo que otros muchos antes que tú han dicho, pero de decirlo, ¿eh?, de decirlo y no de escribirlo, dilo. De palabra ó por escrita, lo mismo da, pero dilo. Y que un día, de aquí á veinte, á cincuenta, á cien, á quinientos años, pueda decirse de ti, amigo N., «como dice N...», como dice, en presente, y no «como dijo», y menos «como escribí». «Como dice Platón...» decimos, y

no «como escribí Platón...» Porque lo que queda dicho, dicho y no escrito, es siempre presente, es eterno. Eso es lo que dura.

¡No hagas orfebrería literaria, por Dios, no hagas orfebrería literaria!

Miguel de Unamuno.

